

SAN AGUSTÍN DE HIPONA: ¿QUE ES EL HOMBRE?

VIDA Y DESTINO FINAL

1.-AGUSTÍN DE HIPONA, EL HOMBRE: CUERPO, ALMA, ESPÍRITU	1
1.1.-LA ANTROPOLOGÍA AGUSTINIANA	1
2.-LA INMORTALIDAD DEL ALMA: PRUEBAS	3
3.-ETICA DEL AMOR.....	5
4.-DIOS, VIDA DEL ALMA	8
5.-DIMENSION MORAL DE LA MORTALIDAD- SAN AGUSTÍN-.....	11
6.-LA MUERTE NO ES EL FINAL (San Agustín de Hipona).....	13
BIBLIOGRAFÍA.....	14

1.-AGUSTÍN DE HIPONA, EL HOMBRE: CUERPO, ALMA, ESPÍRITU

El alma humana, juntamente con Dios, es el tema principal de la filosofía de S. Agustín: *“A Dios y al alma deseo conocer. ¿Nada más? Nada más”* (Soliloquios, I, 2, 7).

S. Agustín fue un espíritu de extraordinarias dotes psicológicas. Su libro *“Las Confesiones”*, constituyen una de las obras de mayor hondura en la investigación del corazón humano que jamás se hayan escrito.

1

1.1.-LA ANTROPOLOGÍA AGUSTINIANA

Es de un signo marcadamente platónico, puesto que mantiene un espiritualismo y dualismo en la concepción del hombre: el hombre está constituido por dos sustancias unidas. *“La unión del cuerpo con el alma, para que un hombre sea entero y pleno, lo conocemos por el testimonio de nuestra misma naturaleza”* (San Agustín, Civ. Dei, X, XXIX) Estos dos componentes del hombre van unidos y funcionan de manera pareja, aunque el alma sea considerada origen y vínculo de la unión de estos dos elementos. Esta unión, mencionada anteriormente, implica la plenitud del ser hombre, es la unidad de su misma naturaleza. San Agustín lo repite en varias veces, sobre todo en Ciudad de Dios: *“El hombre no es el cuerpo ni el alma solos, sino compuesto de alma y cuerpo”*. (San Agustín, Civ. Dei, XIII, XXIV). Comprendamos que alma y cuerpo van unidos, y que esa unidad compone lo que se entiende como “el hombre”, sin desprestigiar ni perjudicar una a la otra.

Siguiendo esta unidad, podemos identificar algunas características propias del ser del hombre: *El hombre es un “animal racional, mortal”* (San Agustín, Civ. Dei, XVI, VIII, 1) Esta definición nos revela dos elementos constituyentes de la naturaleza humana: la racionalidad del hombre se encuentra en el alma, y su mortalidad se refiere al cuerpo corruptible.

El doctor **Francisco Rego, profesor** de Filosofía Medieval de la Universidad Nacional de Cuyo y de la Pontificia Universidad Católica Argentina Santa María de los Buenos Aires, analiza la doctrina del “Homo Totus” en su libro *La relación del alma con el cuerpo, especialmente en el capítulo X*. Desde la filosofía agustiniana analiza la unidad del hombre, alma y cuerpo.

a) Distintos elementos componen al hombre: *“Tanto por el alma como por la carne, que son partes del hombre, puede significarse el todo que es el hombre.”* (San Agustín, Civ. Dei, XIV, IV, 2)

b) En otras ocasiones también hablará de la carne refiriéndose al cuerpo. El cuerpo es un elemento esencial en el hombre: *“Es el cuerpo algo más que un simple adorno o un instrumento.”* (San Agustín, Civ. Dei, I, XIII).

c). La corporalidad es también una dimensión donde el hombre puede relacionarse consigo mismo, en cuanto se siente creatura creada a imagen de Dios. Y es la ventana por la cual el hombre se refleja y observa lo exterior. Lo que también nos ayuda a una superficial diferenciación con los animales inferiores. Interesante esta propuesta de lo corpóreo como un puente que nos vincula primitivamente a los demás seres humanos.

d) San Agustín comprende esta unidad al género humano desde las Escrituras, y fundamenta ese vínculo por la descendencia de un solo hombre. *“Todos, en efecto, estuvimos en aquel hombre único cuando todos fuimos aquel único, que fue arrastrado al pecado por la mujer, que había sido hecha de él antes del pecado. Aún no se nos había creado y distribuido a cada uno la forma en que habíamos de vivir, pero existía ya la naturaleza seminal de la cual habíamos de nacer.”* (San Agustín, Civ. Dei, XIII, XIV)

f) Para la integridad del hombre, alma y cuerpo funcionan unidos recíprocamente en la intimidad del ser: *“ambos, cuerpo y alma, favorecen mutuamente la paz que guardan entre sí.”* (San Agustín, Civ. Dei, XIX, XIV)

El alma se establece en el orden espiritual, mientras que el cuerpo en el orden orgánico, los cuales convienen a un mismo todo humano. **Las funciones orgánicas e intelectuales deben manejarse de manera armoniosa, pues unas influyen sobre las otras. Así como el alma influye en el cuerpo, el cuerpo influye en el alma.** Esta funcionalidad armoniosa san Agustín lo explica: *“En cambio, el alma lleva con más facilidad los miembros robustos de su carne, si gozan de buena salud, que los flacos en la enfermedad”.* (San Agustín, Civ. Dei, XIII, XVIII). Entonces, es el hombre la unidad armoniosa del cuerpo y el alma, ni solo cuerpo, ni sola alma, sino que ambos en la unidad que permite al hombre ser lo que es.

En el alma **hay que distinguir la razón superior y la razón inferior.** La primera tiene como objeto la sabiduría o conocimiento de lo ideal e inteligible para elevarse hacia Dios. La segunda tiene como objeto la ciencia o conocimiento de las realidades materiales y sensibles en orden a remediar nuestras necesidades prácticas.

Pero conviene hacer una anotación importante. La visión de la **sustancialidad humana vista desde San Agustín**, a como la interpretan **Aristóteles y Santo Tomás es diferente**. Para estos el ser humano es una única sustancia, un ser, formado por dos principios sustanciales, alma y cuerpo, mientras que, a semejanza de Platón, para Agustín como más tarde para Descartes, **el hombre es un compuesto de dos sustancias, alma y cuerpo. Dualismo sustancial frente a unidad sustancial**

2.-LA INMORTALIDAD DEL ALMA: PRUEBAS

La inmortalidad del alma es probada por S. Agustín mediante un argumento de indudables resonancias platónicas. Platón afirmaba que el alma participaba de las propiedades de las ideas. El argumento de S. Agustín es muy parecido: puesto que la verdad es inmutable y eterna y el espíritu humano está inseparablemente ligado con la verdad, tiene que ser el espíritu humano también eterno, más allá de la condición temporal.

a) Primera razón por la cual el alma es inmortal: porque es sujeto de la ciencia que es eterna. *“Si la ciencia existe en alguna parte, y no puede existir sino en un ser que vive, y existe siempre; y si cualquier ser en el que algo siempre existe, debe existir siempre: siempre vive el ser en el que se encuentra la ciencia. Si nosotros somos los que razonamos, es decir, nuestra alma; si ésta no puede razonar con rectitud sin la ciencia y si no puede subsistir el alma sin la ciencia, excepto el caso en que el alma esté privada de ciencia existe la ciencia en el alma del hombre ... Mas todo lo que el alma sabe, lo posee en sí misma, y no abraza cosa alguna con su conocimiento sino en cuanto pertenece a una ciencia. En efecto, la ciencia es el conocimiento de cualesquiera cosas. Por consiguiente, el alma humana vive siempre.”* (Sobre la inmortalidad del alma, I, 1)

b) Segunda razón por la cual el alma es inmortal: porque es sujeto de la razón que es inmutable. *“La razón ciertamente o es el alma o existe en el alma. Mas nuestra razón es mejor que nuestro cuerpo; nuestro cuerpo es una substancia, y es mejor ser substancia que no ser nada, luego nuestra razón es algo..... Pero el cuerpo humano es mudable, y la razón inmutable. En efecto, es mudable todo lo que no existe siempre del mismo modo. Y siempre es de la misma manera que dos y cuatro sumen seis. ...Pero esta relación es inmutable, por consiguiente, es razón. Ahora bien, de ningún modo no puede padecer el cambio, habiéndose mudado el sujeto, lo que existe inseparablemente en él. Luego, no es el alma la armonía del cuerpo,*

y no puede sobrevenir la muerte a cosas inmutables. En consecuencia, el alma vive siempre ya sea ella misma la razón ya sea que la razón exista en ella de modo inseparable”. (Sobre la inmortalidad del alma, II, 2)

c)El arte y los principios de las matemáticas son inmutables y no pueden existir sino en un alma que vive.

Entonces si algo permanece inmutable en el alma, y esto a su vez no puede subsistir sin vida, también es necesario que una vida permanezca sempiterna en el alma. Esto sucede precisamente de manera que, si se da lo primero, necesariamente también debe darse lo segundo; pero lo primero es cierto. En efecto, dejando de lado otras cosas, ¿quién se atrevería a afirmar que la relación de los números es mudable o que todo arte no está constituido por esta relación? o ¿que el arte no está en el artífice, aun cuando no lo ejerza? o ¿que su existencia no puede darse en el alma, o que puede existir en donde no hay vida? o ¿que lo que es inmutable puede alguna vez no existir? o ¿que una cosa es el arte y otra la relación? Aunque, pues, se diga que un solo arte es como un conjunto de relaciones, con todo se puede decir también de un modo certísimo y entender el arte como una única relación. Pero, ya sea esto, ya sea aquello, no menos se sigue que el arte es inmutable, que no sólo existe en el alma del artífice como es evidente, sino también que no existe en ninguna otra parte a no ser en el alma y esto de una manera inseparable. Puesto que, si el arte se pudiera separar del alma, o bien existiría fuera del alma, o bien no existiría en ninguna parte, o pasaría continuamente de alma en alma. Pero como, por otra parte, la sede del arte necesariamente debe ser un ser con vida, así también la vida con la razón es exclusivamente propia del alma. En fin, lo que existe debe existir en alguna parte, y lo que es inmutable no puede dejar de existir en ningún momento. (Sobre la inmortalidad del alma, IV, 5)

d)El alma esencialmente es vida; luego no puede carecer de ella.

“Si alguien objeta que esa muerte por la que sucede que algo que fue no sea nada, no ha de ser temida por el alma, sino aquella otra por la cual llamamos cosas muertas a las que carecen de vida, tenga presente que ninguna cosa carece de su propio ser. Ahora bien, el alma es una especie de vida, por la cual todo lo que está animado, vive; más todo lo que no está animado y que puede ser animado, se concibe como muerto, esto es, como privado de vida. Luego el alma no puede morir. ...Todo cuanto, pues, ha sido abandonado por la vida se llama muerto, y lo muerto se concibe como

dejado por el alma; más esta vida, que abandona a los seres que mueren, porque ella misma es el alma, no puede dejar su propio ser. Luego el alma no puede morir” (Sobre la inmortalidad del alma, IX, 16).

e) El alma no está así sujeta al cambio de modo que deje de existir.

Por lo tanto, si el alma es el sujeto, como dijimos más arriba, en el que existe la razón de una manera inseparable y con aquella necesidad también con que se demuestra que existe en un sujeto, si el alma no puede existir sino viva, si en ella la razón no puede existir sin la vida, y si la razón es inmortal, el alma, es inmortal. Por cierto, la razón no podría permanecer al margen de todo cambio no existiendo de ninguna manera su propio sujeto. Esto sucedería si le sobreviniera al alma un cambio tan profundo que la hiciera dejar de ser alma, esto es, la obligara a morir. Mas ninguno de aquellos cambios, que se realizan ya sea por medio del cuerpo ya sea por medio del alma misma, puede obrar de modo de hacer que el alma deje de ser alma. Luego, ya no han de ser temidos estos cambios, no sólo en sí mismos, sino también para nuestros razonamientos. (Ib, V, 9)

Sobre el origen del alma manifiesta S. Agustín notables vacilaciones

El alma es creada por Dios, pero, para explicar la transmisión del pecado original, S. Agustín se vio tentado a defender el “*traducianismo*”, es decir, que una parte del alma de los padres se transmitía en el acto de generación a los hijos. Tal doctrina, sin embargo, resulta inconciliable con la espiritualidad del alma, y S. Agustín fue consciente de no haber hallado una solución satisfactoria.

3.-ETICA DEL AMOR

La ética de S. Agustín es fundamentalmente una ética del amor, en conformidad con la primacía de la voluntad que atribuye al hombre. La tradición marcadamente intelectualista de la ética griega es abandonada y se pone en primer plano la inquietud existencial, que caracterizará buena parte de la filosofía contemporánea: Para S. Agustín, la voluntad es todo el hombre, ya que, es el deseo de felicidad el motivo último que impulsa y desarrolla todas sus actividades, incluso las intelectivas: ***“La voluntad está siempre presente; aún los movimientos del alma no son otra cosa que voluntad”***. El motivo último que mueve todo amor humano es, sin duda, el Bien eterno o Dios, aunque no lo reconozcan los hombres: ***“Nos hiciste, Señor, para tí, y nuestro corazón no descansa sino en tí”***. *“Pero ¿qué es lo*

que yo amo cuando os amo? No es hermosura corpórea, ni bondad transitoria, ni luz material agradable a estos ojos; no suaves melodías de cualesquiera canciones; no la gustosa fragancia de las flores, unguentos o aromas; no la dulzura del maná, o la miel, ni finalmente deleite alguno que pertenezca al tacto o a otros sentidos del cuerpo. Nada de eso es lo que amo, cuando amo a mi Dios; y no obstante eso, amo una cierta luz, una cierta armonía, una cierta fragancia, un cierto manjar y deleite cuando amo a mi Dios, que es luz, melodía, fragancia, alimento y deleite de mi alma. Resplandece entonces en mi alma una luz que no ocupa lugar; se percibe un sonido que no lo arrebatara el tiempo; se siente una fragancia que no la esparce el aire, se recibe gusto de un manjar que no se consume comiéndose; y se posee tan estrechamente un bien tan delicioso, que por más que se goce y se sacie el deseo, nunca puede dejarse por fastidio. Pues todo esto es lo que amo, cuando amo a mi Dios. Confesiones 10,)

El fin de la vida ética, según esto, se diferencia bastante del propuesto por la filosofía griega y no es otro que el que presenta el cristianismo: Sin duda algún, el fin último de la voluntad y de todo acto humano es, como decían los griegos, **la felicidad**, **“todos deseamos vivir felices**, pero esa felicidad se encuentra únicamente en Dios, bien supremo del hombre. *“Una vez que hayas descartado la hipótesis de que el supremo bien del hombre puede consistir en el cuerpo, no queda más que el alma y Dios. Y si consigues advertir que al alma le ocurre lo mismo que al cuerpo, ya no queda más que Dios, en el cual consiste el supremo bien del hombre”*. (cf. Epist. 118,313: BAC, Obras t. 8 p.854; PL 33,4381). La razón es obvia: **el hombre no puede encontrar la felicidad como estado de gozo permanente, ni en los bienes del mundo, ni en sí mismo, porque son de naturaleza mudable**. Sólo el bien infinito y eterno puede proporcionar la felicidad plena e inmutable. *“¿Cuándo lleguemos a aquella vida prometida al que guarde los mandamientos, habré de decir que es eterna? ¿Habré de decir que es feliz? Me basta con decir que es vida porque es vida, es eterna y es feliz. Y cuando la alcancemos podemos estar seguros de que no ha de fenecer. Pues sí, una vez llegados a ella, estuviéramos inciertos sobre su futuro temeríamos, y donde hay temor hay tormento, no del cuerpo sino de lo que es más grave, del corazón, y donde hay tormento, ¿cómo podrá haber felicidad? Luego bien seguro es que aquella vida es eterna y no se acabará porque viviremos en aquel reino del que se ha dicho que no tiene fin (Lc. 1,33)”* (Serm. 307,7: PL 38,1403).

Pero la felicidad en Dios no consiste en la contemplación puramente teórica, como decía Aristóteles, sino en **la posesión amorosa de Dios**. Es decir, la meta de la felicidad no es ya el pensamiento, sino la plenitud del amor en la adecuación de la voluntad con su fin. "*¿Qué recibirán los buenos? Veremos a Dios, y ésta es tan gran cosa, que en su comparación todo lo anterior es nada... A Dios no puede verse ahora tal y como es; sin embargo, le veremos, por eso se dice que el ojo no vio ni el oído oyó, pero lo verán los buenos, lo verán los piadosos, lo verán los misericordiosos*" (Serm. 128,11 PL 38,711). "*Tarde te amé Dios mío, hermosura tan antigua y nueva, tarde te amé. Tú estabas dentro de mi alma, y yo distraído fuera, y allí mismo te buscaba; y perdiendo la hermosura de mi alma, me dejaba llevar de estas hermosas creaturas exteriores que Tú has creado. De donde infiero, que Tú estabas conmigo, y yo no estaba contigo; y me alejaban y tenían muy apartado de Ti aquellas mismas cosas que no tendrían ser, si no estuvieran en Ti, Pero Tú me llamaste y diste tales voces a mi alma, que cedió a tus voces mi sordera. Brilló tanto tu luz, fue tan grande tu resplandor, que ahuyentó mi ceguera. Hiciste que llegase hasta mí tu fragancia, y tomando aliento respiré con ella, y suspiro y anhelo ya por Ti Me diste a gustar tu dulzura, y ha excitado en mi alma un hambre y sed muy viva. En fin, Señor, me tocaste y me encendí en deseos de abrazarte.*" (Conf. 10, 27, 38).

La alegría del siglo y el gozo de Dios "*¿Cuál es el gozo de este siglo? Gozarse en el mal, en la torpeza, en la fealdad, en la deformidad; en todo esto se goza el siglo... Te lo diré brevísimamente: La alegría del siglo es la maldad impune". Viven los hombres en medio de sus delitos, y si no les sobreviene un castigo, se consideran felices. "He aquí la alegría del siglo, pero Dios no piensa como el hombre; sus pensamientos son muy distintos". "Somos hijos. ¿Cómo lo sabemos? Porque murió por nosotros el Unigénito, para no seguir siendo uno solo. No quiso ser uno solo el que murió solo. El Hijo único de Dios engendró otros muchos hijos de Dios... ¿Dudaréis que va a repartir sus bienes el que no se creyó indigno de recibir nuestros males? Luego, hermanos, gozaos en el Señor y no en este siglo, esto es, gozaos en la verdad y no en la iniquidad; gozaos en la esperanza de la eternidad y no en la flor de la vanidad. Por lo tanto, dondequiera que os encontréis, sabed que el Señor está próximo (Flp. 4,5)"*

El fin último del amor, sin embargo, no puede ser alcanzado por las solas fuerzas humanas, ya que, hay una distancia naturalmente infranqueable entre el Bien infinito y la criatura. Se necesita, por ello, la

gracia o la ayuda sobrenatural para conseguirlo. S. Agustín completa la ética natural con la ética sobrenatural cristiana, ya que, el hombre concreto y real fue creado en una dimensión sobrenatural. Aunque el fin último de la ética sea la felicidad, el orden natural de la voluntad es regido por obligaciones o leyes. Existe, pues, una ley natural, necesaria e inmutable que rige los actos humanos como una obligación. Y así, como las verdades eternas en el alma se fundamentan en una Verdad eterna e inmutable, que es Dios, de igual manera las leyes inmutables de la moral se fundamentan en la ley eterna de Dios, que rige el orden del ser, del conocer y del actuar. Las leyes morales, por tanto, no son reglas arbitrarias que dependen de la voluntad positiva de Dios, sino que, derivan necesariamente de la naturaleza inmutable del hombre y, en último término, de la naturaleza inmutable de Dios. Pero ningún hombre puede cumplir las exigencias de la ley natural por sus propias fuerzas, tal como dice S. Pablo. Se necesita la ayuda de la gracia sobrenatural que recibe el hombre redimido por Cristo: *“La ley se dio, pues, para que la gracia pudiera ser buscada; la gracia se dio para que la ley pudiera ser cumplida”*.

4.-DIOS, VIDA DEL ALMA

Entre los años 397 y 401 en los que Agustín, convertido ya del maniqueísmo, recuerda con dolor sus extravíos al escribir sus Confesiones, señala los errores de la secta en lo que respecta a la sustancia del alma, que no es parte de la divina; y explica la verdadera acción de Dios en el alma: crearla, redimirla, santificarla, mantenerla en el ser, ser la vida del alma: *Ni siquiera eres el alma que da vida a los cuerpos –y como vida de los cuerpos, mejor y más cierta que los cuerpos–, sino que Tú eres la vida de las almas, la vida de las vidas, que vives por Ti misma y no te cambias: la vida de mi alma* (Hipona De, trad. 1991, III, 6, 10)55.

Para clarificar más esta doctrina, escribe Agustín: *Dos son las vidas del hombre: la vida del cuerpo y la vida del alma. Vida del cuerpo es el alma; vida del alma es Dios. Como muere el cuerpo si el alma lo abandona, así muere el alma si Dios la abandona* (Hipona De, trad. 1950, EN 70 II, 3). Este último caso, empero, no se da por decisión divina, sino por la elección de la libertad humana, cuando comente un pecado grave, se aleja de Dios, se oscurece y muere. Curiosamente, el hombre está muerto, aunque su cuerpo viva todavía; y afortunadamente, mientras esto sea así tiene posibilidad de resucitar, de convertir a Dios el ser y volver a vivir. La

elección humana que expulsa a Dios del santuario interior no siempre es querida con todas sus consecuencias. Hemos dicho ya que el hombre no conoce bien hasta dónde pueden sus potencias, y la voluntad suele ser la más débil. de ellas. Así pues, por debilidad más que por malicia ocurre la muerte del alma. No obstante, pervive siempre en el hombre su sed de Dios. Explica el gran convertido africano que esta vida es un desierto, que hemos de atravesar con los sufrimientos y penas que conlleva. *Y la sed es atroz... sed de justicia, de que no se aprovechen unos de otros, de tener un mundo más humano, más solidario. ¿Cómo saciar la sed? Muchos son los que tienen sed, continúa Agustín, de cosas materiales, fama, dinero, placer. ¡Qué pocos son los que exclaman con el salmista: ¡Mi alma tiene sed del Dios vivo!* (cf. Hipona De, trad. 1950, EN 62, 3. 4. 6). Gracias a esta sed persiste la búsqueda que tiende a la posesión y amor de Dios. *Y “¿qué es, por tanto, lo que amo cuando amo a mi Dios?”* (Hipona De, trad. 1991, X, 7, 11)58. Muchas son las formas en que el alma se beneficia del influjo divino que es para ella luz, fuerza, causa de bienes, morador de su santuario, reposo y alegría. Intentaremos ilustrar de modo breve estas formas, rastreándolas en las obras de san Agustín. *No es luz para sí, ni es virtud para sí. Existe, empero, un origen y una fuente de la virtud, una raíz de la sabiduría; existe una región, por así decir y si así se puede decir, de la verdad inmutable. Alejándose de esta región, el alma se oscurece, acercándose a ella se ilumina. Acercaos a Él y seréis iluminados* (cf. Sal 33, 6). (...) *Confiaré a ti mi fuerza, porque Tú, oh, Dios, eres mi refugio* (Hipona De, trad.1950, EN 58, I, 18)59.

He aquí la causa de su debilidad y oscuridad: la lejanía de Dios. Si Dios es la Luz misma y la Fortaleza; confiere a las sustancias espirituales sus atributos en la medida en que son capaces de poseerlos. Acercarse a Dios revitaliza el alma. Cuando Adán pecó en el Edén oyó la voz de Dios que lo buscaba. No lo buscaba porque no sabía dónde estaba, sino para que advirtiera lo mal que se estaba sin Dios, porque la cercanía o lejanía de Él son el principio y la causa de todos los bienes o males que sobrevienen al alma. En efecto, aunque sufra muchos males un justo, todos devienen bienes para sí, puesto que sabe sobrellevarlos y crecer con las dificultades. Mientras que, para el injusto, hay sufrimiento incluso en el mismo placer que pretende, y el aparente bienestar del que goza, no hace más que vaciarlo y entristecerlo. *Sólo Dios es la alegría y el reposo del alma* (cf. Hipona De, trad. 2007, IX, 2).

Así lo experimentaría el maestro de retórica en su famosa conversión. Le fue dado buscar a Dios, luchar y orar, y al fin hallarlo; encontró que Él mismo era su recompensa, reservada como bien entregado únicamente a los que tienden a Él (cf. Hipona De, trad. 1950, EN 55, 16): *¡Mal haya al alma audaz que esperó, apartándose de Ti, hallar algo mejor! Vueltas y más vueltas, de espaldas, de lado y boca abajo, todo lo halla duro, porque solo Tú eres su descanso. Mas luego te haces presente, y nos libras de nuestros miserables errores, y nos pones en tu camino, y nos consuelas, y dices: “Corred, Yo os llevaré y os conduciré, y todavía allí Yo os llevaré”* (Hipona De, trad. 1991, VI, 16, 26)

“Cada alma sigue la suerte de aquello que ama” (Hipona De, trad. 2005, 7, 1). ***El amor es el peso del alma*** (cf. Hipona De, trad. 1991, XIII, 9, 10). Donde radique el interés del alma, allí encontrará su felicidad. Mas, si su fundamento no es estable; si no es Dios, se vaciará, se hinchará de soberbia y no se libraré de las ataduras de este mundo para volar por encima de sí. *Mira ahora el cielo y la tierra: no te agradan estas bellas cosas corpóreas tanto como querer ser feliz en ellas. En tu alma está aquello que buscas. Quieres ser feliz: busca en tu propia alma aquello que es mejor. (...) Pero ¿qué es tu alma? Permanece atento, no sea que, despreciando tu alma, teniéndola por cosa vil y de poca monta, no busques cosas más viles aún para hacerla feliz. En tu alma está la imagen de Dios; la mente del hombre la contiene* (Hipona De, trad. 1950, EN 32, III, 16)⁶³. Desde la doctrina de san Agustín ha sido posible mostrar la existencia del alma, su inmortalidad, la grandeza de sus potencias y su relación con su Creador, que es su origen y el fin al que ha de tender en su esfuerzo por conservar intacta la imagen suya que lleva en sí. Y ha sido posible también trazar un itinerario de ascensión hasta Dios, itinerario que se concreta en la misma alma, en la atención a su dignidad y excelencia por medio de la cual Agustín indica el modo de subida.

Elevarse a Dios es más fácil, dice san Agustín, que obtener el oro que tanto codician algunos. No está lejos el Señor de los que lo buscan (cf. Sal 144: 18, Biblia). Puede desearse el oro, pero no conseguirlo nunca (cf. Hipona De, trad. 1950, EN 32, III, 16), en cambio, Dios mismo sale al encuentro, como lo hizo el padre con el hijo pródigo de la parábola (cf. LC 15: 11-32, Biblia), con Agustín que volvía de errar por cada doctrina atrayente y como hace también hoy con cada hombre que busca con sinceridad, contempla y queda iluminado.

5.-DIMENSION MORAL DE LA MORTALIDAD- SAN AGUSTÍN-

La obra que mejor refleja sus reflexiones morales es *“La Ciudad de Dios”*, (L. I, IX, XIII, XIX). En las *“Confesiones”* Agustín comenta la experiencia de personas queridas desde una perspectiva existencial. Aquí tenemos un ejemplo del amargo dolor por la muerte del amigo. *“...mas no sé qué afecto había nacido en mí, muy contrario a éste, porque sentía un grandísimo tedio de vivir y al mismo tiempo tenía miedo de morir. Creo que cuanto más amaba yo al amigo, tanto más odiaba y temía a la muerte, como a un crudelísimo enemigo que me lo había arrebatado, y pensaba que ella acabaría de repente con todos los hombres, pues había podido acabar con aquél. Tal era yo entonces, según recuerdo.... Me maravillaba que viviesen los demás mortales por haber muerto aquel a quien yo había amado, como si nunca hubiera de morir; y más me maravillaba aún de que, habiendo muerto él, viviera yo, que era otro él. Bien dijo uno de su amigo que «era la mitad de su alma».* (Confesiones, L IV, cap. VI.).

Pero donde nos muestra su teoría moral es como he dicho antes en la Ciudad de Dios, donde se ve la influencia de Séneca, pero Agustín promueve una **perspectiva escatológica del morir**. Todos hemos de morir, pero lo verdaderamente importa, lo realmente trascendente para Agustín es el **“cómo se muere, la manera de entrar en este acontecimiento misterioso”**. Lo importante va a ser a fin de cuentas ser fieles a Dios y vivir en sus manos. *“Nadie fue muerto que no hubiera de morir algún día. La muerte hace idénticas tanto a la vida larga como a la breve... la verdad es que a cada mortal le amenazan muertes por todas partes de alguna manera”*. **Y ante el temor a la muerte Agustín dice que “la muerte no debe temerse como un mal cuando va precedida de una vida honrada, En rigor, lo que convierte en mala la muerte es lo que sigue a la muerte. De aquí que quienes necesariamente han de morir no deben tener grandes preocupaciones por las circunstancias de su muerte, sino más bien a donde tendrán que ir sin remedio tras el paso de la muerte”** (La Ciudad de Dios, Tecnos Madrid, 2013, L. I, Cap., II, pág. 157).

Agustín se percata después de sus experiencias, de la vaciedad de los placeres de la vida, de la concupiscencia sexual, tuvo una relación con una concubina de la que tuvo un hijo durante su juventud, al mismo tiempo de su conciencia de haber perdido tanto tiempo viviendo sin Dios, que hace de **la mortalidad un objeto prioritario de su reflexión ética y teológica**, anticipándose a posiciones existencialistas de siglo XX. *“Desde que uno*

comienza a estar en este cuerpo, que ha de morir, nunca deja de caminar hacia la muerte. Su mutabilidad en todo el tiempo de esta vida no hace más que tender a la muerte, no existe nadie que no esté después de un año más próximo a ella, que lo estuvo un año antes...Además si cada uno empieza a morir desde que la misma muerte comienza a realizarse en él, siguese que está en la muerte desde que está en este cuerpo” (Ibidem, Libro XIII, cap. 10, pp. 350-351).

Relaciona Agustín la unión del alma al cuerpo, cómo aquella lo vivifica y le capacita para realizar diversas funciones, con la unión del espíritu con Dios, quien le capacita para vivir la verdadera sabiduría de la vida que conduce a la verdadera felicidad. De ahí que quien se separa de Dios sigue la fuerza del mal, la infelicidad y la muerte. Esta experiencia antropológica piensa Agustín que podemos padecerla cuando realizamos el mal, y pecamos gravemente. hay una **relación muy estrecha entre pecado-inmoralidad y muerte** (del alma, del cuerpo y eterna) como establece una relación entre **amor-moralidad y vida** (del alma, cuerpo, eterna). Vemos su preocupación escatológica clara.

Agustín cree que cuando el hombre se pregunta cómo lograr la felicidad, el sumo bien, como obtener criterios morales para guiar nuestra vida afirma que la respuesta es esta: *“La vida eterna es el sumo bien: la muerte eterna, el sumo mal. Debemos, pues, vivir ordenadamente, de forma que consigamos aquella y evitemos esta”*. (Ibidem, Libro XIX, cap. 4, p. 399).

Por consiguiente, no solo hay que prepararse a la muerte primera, de la que todos participamos, sino, sobre todo, nos orienta para evitar la muerte segunda, la que aguarda a aquellos que han hecho el mal moral en su vida. Hay un defensa de las virtudes morales cristianas y un ataque al eudemonismo grecorromano. De ahí que Agustín diferencia tres tipos de muerte, la espiritual, la física, y la eterna. Importante el uso que los hombres hacemos de la libertad.

Otro tema que toca, a raíz de la muerte violenta de cristianos mártires es el del suicidio. Hubo algunas mujeres cristianas que se suicidaron para evitar la violación, y las disculpa por haber realizado tala acción. Pero considera que no existe ley alguna, que permita quitar la vida, incluso al culpable, por iniciativa privada. Por lo que el suicidio es un homicidio. *“No matarás”, al no añadir “a tu prójimo”, se considera que se refiere a todo hombre, no solo matar a otro sino quitarse la vida a si mismo...*

“aplicaremos al hombre las palabras no matarás, entendiendo: ni a otro ni a ti, puesto que quien se mata a si mismo mata a un hombre” (Ibidem, Libro I, Cap. 20, p. 161.).

Ni el antiguo ni el Nuevo testamento hay referencia alguna al suicidio. Pone como ejemplo a Jesús que soportó todos los sufrimientos y tormentos de la cruz, por lo que *“el suicidio es claramente ilícito para quienes dan culto al Dios verdadero” (Ibidem, Libro I, cap. 22, p.164).* En contra de los estoicos romanos, sostiene que no es más fuerte de ánimo el que se suicida, que el que es capaz de soportar el sufrimiento y los dolores de la vida. Manifiesta en el fondo un alma débil, incapaz de soportar los sufrimientos. Para Agustín la actitud de afrontar las penalidades de la propia existencia, por muy graves que sean, manifiestan, a ejemplo de Jesús, una verdadera fortaleza de espíritu.

6.-LA MUERTE NO ES EL FINAL (San Agustín de Hipona)

La muerte no es nada, sólo he pasado a la habitación de al lado.

Yo soy yo, vosotros sois vosotros.

Lo que somos unos para los otros seguimos siéndolo

Dadme el nombre que siempre me habéis dado. Hablad de mí como siempre lo habéis hecho.

No uséis un tono diferente. No toméis un aire solemne y triste.

Seguid riendo de lo que nos hacía reír juntos. Rezad, sonreíd, pensad en mí.

Que mi nombre sea pronunciado como siempre lo ha sido, sin énfasis de ninguna clase, sin señal de sombra.

La vida es lo que siempre ha sido. El hilo no se ha cortado.

¿Por qué estaría yo fuera de vuestra mente? ¿Simplemente porque estoy fuera de vuestra vista?

Os espero; No estoy lejos, sólo al otro lado del camino.

¿Veis? Todo está bien.

No lloréis si me amabais. ¡Si conocierais el don de Dios y lo que es el Cielo! ¡Si pudierais oír el cántico de los Ángeles y verme en medio de ellos! ¡Si pudierais ver con vuestros ojos los horizontes, los campos eternos y los nuevos senderos que atravieso! ¡Si por un instante pudierais contemplar como yo la belleza ante la cual todas las bellezas palidecen!

Creedme: Cuando la muerte venga a romper vuestras ligaduras como ha roto las que a mí me encadenaban y, cuando un día que Dios ha fijado y

conoce, vuestra alma venga a este Cielo en el que os ha precedido la mía, ese día volveréis a ver a aquel que os amaba y que siempre os ama, y encontraréis su corazón con todas sus ternuras purificadas.

Volveréis a verme, pero transfigurado y feliz, no ya esperando la muerte, sino avanzando con vosotros por los senderos nuevos de la Luz y de la Vida, bebiendo con embriaguez a los pies de Dios un néctar del cual nadie se saciará jamás.

AMÉN

BIBLIOGRAFÍA

Frederic Copleston, *Hª de la Filosofía, Vol., II Y III, Ed. Ariel 1981 - Étienne Gilson, “La filosofía en la Edad Media, Ed. Gredos, 1982. Juan Pegueroles, “San Agustín, un platonismo cristiano, Ed. PPU, 1985*

Enrique Bonete Perales, *“El morir de los sabios”, Tecnos 2019, Madrid*

“Antología y Comentarios de textos, Alhambra 1982. -J, Ferrater Mora, Diccionario de Filosofía, ed. Ariel, 1994 -Javier Echegoyen Ollera,

Padres agustinos web@augustinus.it

TEXTOS ENTRESACADOS DE:

- *“Las Confesiones”,*
- *“De civitate Dei”,*
- *“Soliloquios”,*
- *“De immortalitate animae. –*
- “De libero arbitrio,*

